

MÁS SOFISTAS Y MENOS PLATÓN

"Si preferimos que el ser humano use anteojeras, se atenga a las costumbres hechas a la subordinación y al bastón de mando, entonces los sofistas nos parecerán hombres peligrosos e indignos de confianza."

(Gilbert Murray, Eurípides and His Age)

pablo ney ferreira

Lo de "Mas Platón y menos Prozac" es una buena recomendación para los problemas que puedan acontecerle a un individuo en su vida privada, pero para la vida pública de una democracia la recomendación no corre. Claro, esto es cierto si Ud. pretende ser un ciudadano democrático más o menos competente y le preocupa vivir dentro de un sistema político que por lo menos se parezca a una democracia. Ahora, si su propósito es el de convertirse en un rey filósofo o en un implacable guardián de una república ideal, o incluso ser un ciudadano de una república imaginaria, entonces Platón le va muy bien.

Esto de incitar lecturas para el funcionamiento democrático, se me ocurrió ante la recomendación que le realizara mi colega y amigo Adolfo Garcé a Evo Morales y a todos los bolivianos, en su excelente artículo "Falta Aristóteles", que tuve oportunidad de disfrutar hace unas semanas en un periódico capitalino *, y cuya lectura exhorto vivamente. Me gusta esto de imaginarme a la política como el producto de lecturas reflexivas, de sesudas discusiones, de intercambio de ideas informadas, de testimonios y de experiencias de vida, y no de puras y egoístas negociaciones de intereses y mediciones de fuerzas discursivas estáticas.

Por eso es que siempre me parecieron simpáticos esos pícaros esgrimistas de la oratoria que aparecían opacados invariablemente, ante la pesada omnipresencia de Platón y su aburrida y filosófica república perfecta. Los pobres sofistas apenas son considerados en breves apartados de los textos de Historia de la Filosofía, siendo acusados de todo tipo de disparates, y no siendo considerados con el rigor que deberían ser tomados, sobre todo en lo que tiene que ver con la historia de la democracia.

¡Y la culpa de todo esto la tiene Platón! Disculpen que me ponga así, pero es que estoy aburrido de que todo el mundo escuche su nombre, para inmediatamente poner cara de serio, como si fuese absolutamente indudable que está a punto de oír algo sublime y digno de ser escuchado. ¡Lo dijo Platón! ¿Y que? ¿No puedo estar en desacuerdo con Platón? Y ya que me enojé con Platón, me voy a pelear un poco con él. Vamos entonces.

La idea que quiero desarrollar en esta oportunidad es que para la historia de la democracia ateniense - la originaria -, la sofística es la expresión teórica de la democracia ateniense, y a su vez ésta es la aplicación práctica de la sofística.

Estos sabios itinerantes aparecen en Atenas a mediados del siglo V A.C, durante el extenso gobierno de Pericles. No constituyeron una escuela o un movimiento, sino un conjunto de individuos aislados que se dedicaban a dar clases remuneradas de oratoria y de todo tipo de conocimientos generales, a los aspirantes a participar



activamente en la política ateniense.

Uno de los principales sofistas que recuerda la historia, y sobre el cual más se sabe, es Protágoras, que además era amigo personal de Pericles. Su actividad y su prestigio quedaron ensombrecidos a partir de las páginas que Platón les dedica en sus diálogos -especialmente el denominado precisamente Protágoras- en donde aparecen como un grupo de vanidosos, que se proclaman a sí mismos como maestros de la virtud y cuyo discurso está plagado de preguntas enigmáticas, recursos oratorios artificiosos, de sofismas complicadísimos y de relativismos morales y políticos que poco simpatizaban al idealismo utópico de Platón y su Academia.

Y Platón tuvo un éxito tremendo. Si no vean que es lo que dice el diccionario de la Real Academia Española cuando encontramos la palabra "sofista": "En la Grecia antigua se llamaba así a todo el que se dedicaba a la filosofía. Desde los tiempos de Sócrates el vocablo tuvo significación despectiva". Y ya que estamos, veamos también sofisma: "Razón o argumento aparente con que se quiere defender o persuadir lo que es falso".

INVENCION PLATÓNICA

Como ustedes sabrán, salvo por un escrito de Jenofonte y alguna cosa más, todo lo que sabemos, o creemos saber, de Sócrates se lo debemos a la obra de Platón, puesto que Sócrates nunca escribió nada, o si lo hizo no conocemos nada de ello. Por lo que la historia negativa que marcará la trayectoria de los viejos sofistas, es una invención platónica.

El platonismo es muy seductor, fundamentalmente para quienes pretenden imponer un proyecto político único, omnicompreensivo, y auto calificado de virtuoso y educador.

El siglo XX estuvo repleto de proyectos políticos que se asumían a sí mismos como los tuto-

res genuinos de la humanidad, basándose precisamente en que las virtudes indudables de un orden social suprapolítico, de un saber racional e ilustrado, no podían dejar lugar al relativismo característico del intercambio de razones públicas de la democracia.

En este sentido, el legado de los sofistas y su actividad pública durante el gobierno de Pericles, conforman un sustento teórico de gran importancia para entender la democracia ateniense y para diferenciar con claridad un debate público democrático, como conformador de un orden político que se autogobierna y se auto transforma, de un modelo pre-político construido a través de conceptos permanentes y portadores de un saber filosófico certero, manifestado en discursos poblados de términos como verdad e inmutabilidad.

Vamos a ver, de la mano de Protágoras de Abdera (484-414 A.C), cuál es el pensamiento sobre el que aparentemente se construyó el debate público que caracterizó a la democracia ateniense, a la que tanto denostaron Platón y los suyos.

La prédica de Protágoras, y de todos los sofistas en general (con algunas diferencias), radicaba en hacer compatibles altos niveles de igualdad y de libertad democráticas, con elevados volúmenes de virtuosidad en la práctica política cotidiana. Para esto consideraba de gran importancia una participación efectiva de los ciudadanos en el ágora pública, como instancia educativa para el hombre democrático, con elevados niveles de instrucción oratoria y filosófica en general. O sea elementos que hicieran más rico y productivo el debate democrático, no para emitir juicios inapelables y absolutos, sino para solucionar problemas que se consideraban en un determinado contexto político y social.

Para esto es necesario persuadir y convencer,

de allí la importancia del entrenamiento oratorio y lógico de los aspirantes a políticos que impartían los sofistas. La importancia dada por éstos en general, y por Protágoras en particular, a la retórica y a la conversación democrática entre iguales, frente a los diagnósticos definitivos de los especialistas, debe ser entendida como la esencia de los productos democráticos: la política produce y debe de producir doxa (opinión), no episteme (conocimiento certero, irrefutable).

Así, del conjunto de ideas relativistas expuestas por los sofistas y en especial por Protágoras, es posible deducir ciertos principios que deben de iluminar la política democrática. De allí es posible concluir que de cada experiencia individual, y de cada actividad que aspire a zanjar diferencias o a constituir acuerdos sobre lo público mediante la utilización de herramientas oratorias e información ilustrada, debidamente confrontadas públicamente en el ágora, es desde donde se construye un orden político y social democrático.

El ciudadano común es entonces el protagonista de la política democrática en clave sofística; la negación de la superioridad de los criterios técnicos por sobre la opinión de la ciudadanía es una de las pistas fundamentales para entender el por qué de las constantes deliberaciones públicas atenienses. Esto evidentemente no le gustaba nada a Platón, quien insistía en la superioridad de los modelos filosóficamente contruidos de una vez y para siempre, con sus guardianes y reyes filósofos gobernando al resto de la población incapacitada para ejercer el gobierno debido a su falta de virtud.

Y aquí nos encontramos con el problema de los tutores y con el desafío que nos plantean las doctrinas o ideologías políticas que se imaginan a sí mismas como portadoras de un conocimiento esencial para la organización perfecta de la sociedad. Nos sobran ejemplos de experiencias de este tipo a lo largo de todo el siglo XX, y aún hoy vemos que la tentación platónica permanece incólume.

Es que el sueño de la ciudad perfecta es muy cautivador; el problema está en que los demás estén de acuerdo en las dimensiones de su perfección. Un problema adicional es que en caso de que incluso se decida declararla perfecta, la república sea revisable o que por el contrario permanezca eternamente incommovible, enerrada en su supuesta perfección.

Estoy convencido de que la actividad pública del ciudadano libre en el ágora, el saludable hábito de intercambiar opiniones con sus iguales en un ámbito en donde el capricho y la obcecación deban rendirse ante la argumentación ilustrada, no sólo es una estúpida escuela de virtud cívica, sino que además produce mejores decisiones que un grupo de tutores más o menos prestigiosos.

La crítica que realizan los sofistas a un orden que es creado artificialmente a partir de nociones que asumen a la política como algo que puede ser erigido sin tener en cuenta la mayor cantidad de voces posibles, y sin la participación activa de la ciudadanía, debe ser entendida como una suerte de anticipación a los horrores que la humanidad ha sufrido a cargo de los sucesivos tutores que han ido apareciendo a lo largo de la historia.

Por eso lo del título, a la política democrática le sobra un poco de Platón y le falta más deliberación honesta, mas participación y mejores condiciones sociales y económicas que hagan que la igualdad deje de ser un eslogan efectivo y que sea un presupuesto básico para el ejercicio activo de la ciudadanía.

Y recuerden, si pretenden vivir en una sociedad democrática: no inventen ni le den lugar a sabios platónicos infalibles. En su lugar, participen del juego democrático y gestionen una sociedad deliberante y virtuosa, al mejor estilo de lo que hubiesen soñado aquellos curiosos maestros de virtud denominados sofistas.

candidato a doctor en ciencia
política universidad
complutense de madrid